

diciones idóneas como abrigo naval. Así se explica, en distintos lugares, la concentración de pecios en Cala Culip (Girona), el Grau Vell, Dénia o la Vila Joiosa. En el caso de la Albufera destaca, para la época romana imperial, la recuperación parcial de un cargamento hundido que contenía obras artísticas de bronce. A él pertenecen el llamado *Apolo de Pinedo*, una de las pocas esculturas de bronce de gran formato conservadas en el País Valenciano (Museo de Prehistoria de la Diputación de Valencia), correspondiente a una copia de un original helenístico, fechada a caballo entre los siglos I y II (JIMÉNEZ, 1994), y, con menor relevancia, una estátera o balanza romana con inscripción latina, importante en su género, de similar cronología. Ambas piezas pueden atribuirse a centros artesanales de bronceístas situados en la Campania, al sur del Lacio, y constituyen una muestra excepcional del comercio de piezas artísticas ya usadas, a modo de antigüedades, para satisfacer la demanda de una ‘burguesía’ que se había ido generando en las provincias y que adoptó los signos externos de ostentación en boga en Italia. Es imposible asegurar que el destino final de estos valiosos objetos fuera *Valentia* pero tal destino está dentro de lo posible, puesto que coincide con un buen momento de su sociedad, como también es posible atribuir el enriquecimiento de los que las encargaron a operaciones de comercio ultramarino. Futuros estudios decidirán si el verdadero puerto comercial de *Valentia* estuvo en la Albufera.

La circulación monetaria en la ciudad de Valentia durante la época imperial

[PERE PAU RIPOLLÈS –UVEG–]

La moneda que utilizaron los *valentini* durante el periodo imperial se conoce poco, porque muchos de los hallazgos aparecidos en las excavaciones arqueológicas están sin publicar. No obstante, las diferencias territoriales quedaron minimizadas por la uniformidad del aprovisionamiento monetario que abastecía a las provincias romanas occidentales.

La moneda que estaba en circulación en *Valentia*, durante los inicios de la época imperial, fue bastante variada. El oro fue escaso y apenas debió circular, pues su acuñación hacía poco tiempo que se había iniciado. En cambio, la moneda de plata estaba disponible y era de procedencia eminentemente romana.

Durante el reinado de Augusto se produjo un resurgir momentáneo de la producción monetaria hispana de bronce (RIPOLLÈS, 1998, 335-395), que durará hasta el reinado de Claudio I. *Valentia* no se encuentra entre ciudades hispánicas que emitieron moneda propia, por lo que utilizará siempre moneda foránea, local hispana o romana imperial. En este sentido, el que *Valentia* no acuñara moneda en esta época queda sin tener una explicación satisfactoria (RIPOLLÈS, 1993, 295-306).

En Hispania, los años de los Julio-Claudios (27 a.C.-68 d.C.) constituyen el periodo del alto Imperio en el que la moneda estuvo mejor representada (BOST-CAMPO-GURT, 1983, 180-185). Esta abundancia de hallazgos monetarios, en un momento en que la economía no atravesaba por una etapa inflacionista, responde a un intenso uso monetario propiciado por la pujante actividad económica que se registra durante este periodo en Hispania. *Valentia* no creemos que fuera una excepción. En estos años la moneda de bronce en circulación fue mayoritariamente de procedencia local hasta



A partir de los años 258-260 se aceleraron los síntomas de la primera gran inflación monetaria del imperio romano. El peso y el contenido de plata de los antoninianos se redujo drásticamente y su apariencia se distinguía muy poco de la moneda de bronce. Este deterioro conllevó el colapso definitivo del sistema monetario alto imperial, aunque no debe conceptuarse como un síntoma de declive económico, a pesar de que se produjeran puntuales acontecimientos desestabilizadores. De este periodo destaca el aumento de la moneda en circulación, especialmente durante los años c. 260-275 (de Galieno, Claudio II y emisiones *Diuo Claudio*). La producción de los emperadores galos (259-273) también alcanzó el territorio peninsular, aunque lo hizo en unas cantidades relativamente escasas.

Denario de Antonino Pío. Roma, 148-149 d.C. Hallado en el tesoro de Lliria. Museo de Prehistoria, Valencia.
 Antoniniano de Galieno. Roma, serie 5ª, 266 d.C. Procedente del depósito de la calle Roc Chabàs (Valencia). Archivo SIAM, Valencia.
 Antoniniano de Galieno. Roma, serie 6ª, 267-268 d.C. Procedente del depósito de la calle Roc Chabàs (Valencia). Archivo SIAM, Valencia.

Claudio I y cubrieron las necesidades básicas de los pequeños intercambios (BOST *et al.*, 1987, 40; RIPOLLÈS, 2002, 197-200).

Durante el reinado de Claudio I ninguna ciudad peninsular continuó acuñando moneda propia. Esto supuso un cambio importante que afectó a la composición de la masa monetaria circulante, que desde ese momento procederá siempre de Roma o de los talleres imperiales. Quizás conectado con este hecho y con una escasez de moneda, durante el reinado de Claudio I se produjo en las provincias occidentales un fenómeno generalizado de imitación de las acuñaciones oficiales de este emperador (BOST *et al.*, 1987, 54).

A lo largo de la primera mitad del siglo I d.C. la denominación de bronce que más circuló fue el as (BOST-CAMPO-GURT, 1983, 176), si bien se observa una tendencia hacia un incremento de la acuñación de monedas con valores superiores y hacia una disminución de los inferiores (BOST *et al.*, 1987, 51), que debe explicarse por una progresiva elevación de los precios y por la escasa rentabilidad de su acuñación.

La moneda de oro y de plata estuvo disponible y no se atestiguan síntomas de que existiera carestía de estas monedas; de hecho, las importantes actuaciones urbanísticas y de infraestructuras dejan suponer que debieron financiarse con las monedas más valiosas.

El periodo de los Flavios y Antoninos (69-192 d.C.) se caracterizó, a nivel peninsular, por una estabilidad política y una regularidad en el aprovisionamiento de moneda. Es frecuente que las monedas acuñadas en este período no aparezcan mucho en las ciudades de Hispania, debido a que los estratos del siglo II y de la primera mitad del siglo III suelen ser escasos y dejan muy pocos testimonios arqueológicos. La evolución que siguen las denominaciones en uso no es más que la continuación de la tendencia hacia la utilización cada vez más frecuente de denominaciones de bronce con mayor poder adquisitivo, vinculado con un aumento de la monetización (BOST *et al.*, 1987, 63), así como con una lenta y progresiva elevación de los precios (JONES, 1974, 187-227; CORBIER 1985, 69-106). El sestercio reemplazó al as, convirtiéndose en el valor predominante en este tipo de metal. En relación con la calidad de la plata acuñada durante este periodo se constata su paulatino deterioro, más acusado en la segunda mitad del siglo II (WALKER, 1976, 83-121; BURNETT, 1987, 48-49 y 113).

Durante la dinastía de los Severos la cantidad de denarios en circulación aparentemente disminuyó en relación con los que se conocen acuñados durante el siglo II; sin embargo, denarios acuñados en la segunda mitad del siglo I y de la primera del II, circulaba en cantidades apreciables en las primeras décadas del siglo III, tal y como se deduce de la composición del tesoro de Lliria (ESCRIVÀ *et al.*, 2005).

En el reinado de los Severos, uno de los cambios más importantes del sistema monetario fue la introducción del antoniniano por Caracalla, en c. 315. Su introducción como medio de pago en las finanzas imperiales fue tímida al principio, pues se acuñaron en cantidades bastante modestas, razón por la cual su presencia en los hallazgos suele ser escasa. Más tarde, a partir de Gordiano III, comenzaron a emitirse en mayores cantidades y a reemplazar a los denarios (BURNETT, 1987, 49).

A partir de los años 258-260 se aceleraron los síntomas de la primera gran inflación monetaria del imperio romano. El peso y el contenido de plata de los antoninianos se redujo drásticamente y su apariencia se distinguía muy poco de la moneda de bronce. Este deterioro conllevó el colapso definitivo del sistema monetario alto imperial, aunque no debe conceptuarse como un síntoma de declive económico, a pesar de que se produjeran puntuales acontecimientos desestabilizadores. De este periodo destaca el aumento de la moneda en circulación, especialmente durante los años c. 260-275 (de Galieno, Claudio II y emisiones *Diuo Claudio*). La producción de los emperadores galos (259-273) también alcanzó el territorio peninsular, aunque lo hizo en unas cantidades relativamente escasas.

Durante el reinado de Aureliano el sistema monetario romano se encontraba muy desestructurado y la moneda ofrecía muy poca confianza al usuario que en pocos años había visto como las monedas estaban cada vez más devaluadas y presentaban un aspecto muy poco cuidado. Ante esta situación el emperador se propuso restaurar el sistema monetario. Mejoró sensiblemente la calidad de la moneda creando el *aurelianus*, que contenía un 5% de plata, pero no consiguió sanear el sistema monetario, porque no acuñó la suficiente cantidad.



Una de las acuñaciones que más influyó en la escasa circulación de los aurelianos fueron las imitaciones del tipo *Diuo Claudio*. Estas acuñaciones tuvieron un fuerte impacto en la masa monetaria, ya de por sí bastante deteriorada, ya que la inundaron en cantidades importantes y se difundieron a lo largo y ancho de la geografía peninsular. Estas fraudulentas emisiones se convirtieron en el aprovisionamiento de moneda más importante a partir de los años 270-271. El depósito monetar de la calle Roc Chabàs (SALAVERTE-RIBERA, 2005) es un ejemplo de la mala calidad de la moneda utilizada para los intercambios de menor valor, durante las décadas de los años 260-280 a.C. La mayor parte de las monedas pertenecen a las series de 5 y 6 de antoninianos devaluados de Galieno, así como a las emisiones póstumas de Claudio II.

Las imitaciones de las acuñaciones de consagración de Claudio II constituyen un de los fenómenos monetarios más interesantes y enigmáticos de la época imperial. Muchas cuestiones permanecen todavía sin tener una respuesta satisfactoria. Así, por ejemplo, desconocemos dónde, quiénes y durante cuánto tiempo se acuñaron; pero se estima que circularon durante bastante tiempo, con seguridad durante el último cuarto del siglo III y buena parte del IV, lastrando la recuperación del sistema monetario y dificultando la consolidación de las reformas que más adelante emprenderán Diocleciano y Constantino.

Unos veinte años después de que Aureliano reformase la moneda de vellón y restituyera la calidad de las emisiones de oro, Diocleciano volvió a reformar el sistema monetario. Estabilizó el peso del oro, introdujo el *argenteus*, de plata pura, y puso en circulación tres tipos de moneda de vellón.

La reforma de Diocleciano tuvo muy buenas intenciones, pero no consiguió el propósito de sanear el sistema monetario. La escasez de hallazgos de monedas reformadas «de los años 295-305» atestiguan que tuvieron poco impacto en la economía provincial.

A partir del año 335, el aprovisionamiento monetario de Hispania registra un segundo periodo inflacionario; fue cuando se pusieron en circulación las monedas con reverso *Gloria Romanorum*, con un estandarte, alcanzando su zénit entre los años 348-361, con las monedas del tipo *Fel Temp Reparatio*.

Una de las acuñaciones que más influyó en la escasa circulación de los aurelianos fueron las imitaciones del tipo *Diuo Claudio*. Estas acuñaciones tuvieron un fuerte impacto en la masa monetaria, ya de por sí bastante deteriorada, ya que la inundaron en cantidades importantes y se difundieron a lo largo y ancho de la geografía peninsular. Estas fraudulentas emisiones se convirtieron en el aprovisionamiento de moneda más importante a partir de los años 270-271. El depósito monetar de la calle Roc Chabàs es un ejemplo de la mala calidad de la moneda utilizada para los intercambios de menor valor, durante las décadas de los años 260-280 a.C. La mayor parte de las monedas pertenecen a las series de 5 y 6 de antoninianos devaluados de Galieno, así como a las emisiones póstumas de Claudio II.

Antoniniano póstumo de Claudio II (post. 270 d.C.). Ceca indeterminada. Procedente del depósito de la calle Roc Chabàs (Valencia). Archivo SIAM.





El siglo IV conoció también el fenómeno de las imitaciones, las cuales en determinados momentos llegaron a suponer una porción importante de la masa monetaria. Con anterioridad al año 348, en el interior de la península las imitaciones que se han documentado son escasas y algo más importantes en la zona costera, con porcentajes que oscilan entre un 9 y un 21,7%. El grueso de las imitaciones corresponden a copias del tipo *Fel Temp Reparatio*, en concreto de las que se emitieron entre los años 353 y 358. Estas imitaciones y los modelos oficiales representaron una parte importante de la moneda en circulación (SAN VICENTE, 1999, 714), con porcentajes del orden del 30% sobre el total de las monedas del siglo IV.

Durante la segunda mitad del siglo IV el aporte de moneda nueva disminuyó considerablemente en la mayor parte de los yacimientos de Hispania. Esta tendencia no fue exclusiva de Hispania, sino que se considera como una característica general en las provincias occidentales (BOST *et al.*, 1987, 89).

Después de la muerte de Teodosio I, en 395, la cantidad de monedas que llegó a Hispania se redujo cada vez más hasta ser casi inexistente. En la parte más occidental se documentan *minimi* de los últimos años del IV e inicios del V, pero poco se puede decir de estas piezas porque se conocen mal y están poco estudiadas. Las monedas de plata y de oro aumentaron ligeramente su presencia atestiguando un papel más destacado de estos metales en la circulación monetaria.

Durante el siglo V Hispania quedó progresivamente desvinculada de los intereses imperiales, lo que supuso una marginalidad en términos monetarios, dado que fue muy escasa la cantidad de nueva moneda que alimentó los circuitos económicos peninsulares (MAROT, 2001, 68).

Varios contextos arqueológicos hispanos permiten conocer cuál fue la moneda en circulación durante el siglo V (MAROT, 1994, 203-214; CARRETÉ I NADAL, 1989, 377-384; CERDÀ *et al.*, 1997). En *Valentia*, el tesoro de la calle Avellanas (MAROT-RIBERA, 2005), así como algunos contextos arqueológicos (PACUAL *et al.*, 1997), atestiguan que la economía continuaba monetizada y que para ello se utilizaron las emisiones del siglo IV, como son los *nummi* y *aes3* constantinianos, los *aes4* y los *aes2*, e incluso los antoninianos del siglo III a.C.

Cultos paganos en *Valentia*

[JOSÉ VICENTE MARTÍNEZ PERONA –UVEG–]

Varios contextos arqueológicos hispanos permiten conocer cuál fue la moneda en circulación durante el siglo V. En *Valentia*, el tesoro de la calle Avellanas, así como algunos contextos arqueológicos, atestiguan que la economía continuaba monetizada y que para ello se utilizaron las emisiones del siglo IV, como son los *nummi* y *aes3* constantinianos, los *aes4* y los *aes2*, e incluso los antoninianos del siglo III a.C.

(Página anterior)

Tesoro de la calle Avellanas (Valencia). Formado por un conjunto de 88 monedas y aparecido en un nivel de incendio del primer cuarto del siglo V. Archivo SIAM, Valencia.

Aes3 de Arcadio (383-408). Pertenciente al tesoro de la calle Avellanas. Archivo SIAM, Valencia.

Gracias a la arqueología podemos columbrar cierto conocimiento sobre lo que debió ser la actividad cultural pagana en *Valentia* desde su fundación hasta el siglo V. Los hallazgos arqueológicos antiguos y la reciente actividad arqueológica nos han proporcionado edificios culturales, representaciones de divinidades e inscripciones por las que conocemos los nombres de los dioses y de las personas que les rendían culto. Pero nuestro conocimiento al respecto dista mucho de ser satisfactorio. La superficie de *Valentia* excavada científicamente se amplía día a día. El futuro nos deparará nuevos datos y un panorama mucho más completo y novedoso.

Carecemos de información literaria religiosa sobre *Valentia*, quizá por tratarse de una fundación reciente en el contexto general de la Antigüedad. Las fuentes literarias sobre cultos paganos valencianos tienen por objeto los